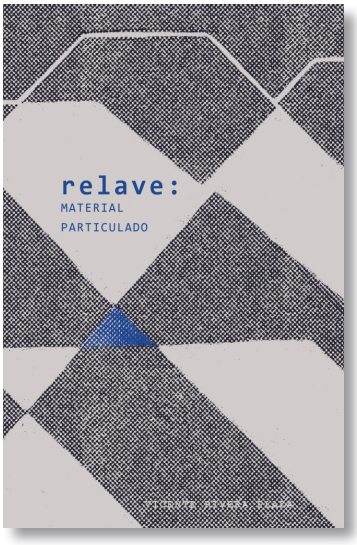
AISTHESIS N° 73 (2023): 357-360 ▪ ISSN: 0718-7181
© Instituto de Estética - Pontificia Universidad Católica de Chile

doi.org/10.7764/Aisth.73.18



Vicente Rivera Plaza
Relave: material particulado
Copiapó, Ediciones Tierra Culta, 2021, 100 pp.

Jonnathan Opazo Hernández
Universidad Austral de Chile
hernandezopazo.j@gmail.com

Poética de materiales peligrosos

Quisiera partir con el recuerdo de un desastre: hasta el 2015, Chañaral era para mí el nombre de un pueblo que probablemente jamás conocería. He pasado la mayor parte de mi vida en el valle central. El norte –por lo tanto– era un puñado de imágenes algo estereotipadas: el desierto con su extensión oceánica, el sol implacable aplastando las cosas, los restos de las culturas andinas y ciertos paisajes que funcionarían perfectamente como el escenario de una película sobre viajes en el espacio. Pero en Chile la catástrofe siempre nos manda de golpe de lo imaginario a lo real: recuerdo las imágenes del aluvión, las diversas informaciones sobre el barro tóxico de los relaves que se rebalsaron con las lluvias y los mapas que mostraban cómo las mineras habían construido una bomba de tiempo en torno a los pueblos aledaños. De alguna forma este libro me devuelve hacia ese momento, hacia la conciencia de la destrucción como la cara más cruda de lo real en Chile.

Relave: material particulado de Vicente Rivera fue publicado el 2021 por Ediciones Tierra Culta. Consta de cuatro poemas largos («Prospección del tono», «Estudio de impacto», «Ludus luditas», «Bodegón a tajo abierto») y uno que cierra el conjunto («Escatología 0»). Los cuatro primeros poemas se encuentran divididos en subconjuntos numerados («Prospección del tono 1, 2…», etc.), precedidos de la frase «El polvo se distingue apenas de la ceniza».

En el primer fragmento del poema «Estudio de impacto», el autor de este libro esparce por la página lo que podría ser el campo semántico en torno al que orbita esta

obra. Cito: «Vestigios / Ruinas / Despojos / Restos / Escombros / Chatarra / Basura / Humo / Sobras / Cenizas / Marcas / Huellas» (35). Recogiendo la hebra del objetivismo a la chilena que nos dejara Gonzalo Millán, *Relave* es un libro sobre residuos, visibles o no, cuya acumulación ha terminado por devorar el paisaje. Un dato extraliterario que podría aportar a la lectura es que Vicente ha pasado varios años de su vida en el norte chileno, específicamente en Copiapó. Es –por lo tanto– un observador participante de la catástrofe ambiental que han significado las mineras para las comunidades que las rodean.

Pero podemos obviar ese dato y el libro se mantiene intacto. *Relave* nos recuerda por ejemplo al *Elogio de las materias* de Gabriela Mistral. Sin embargo, las materias a la que se enfrenta Vicente se encuentran contaminadas. Son tierras raras o charcos de agua mezclados con petróleo. Es mercurio, arsénico y plomo disuelto en el polvo que cubre la ciudad. Nos recuerda que un país completo puede ser una «zona de sacrificio». Por ejemplo, en el fragmento once de «Prospección del tono» leemos sobre

> fósiles diluidos en fango
> historia líquida combustible
> mecánica de fluidos
> entre los engranajes
> de un reloj que indica
> el futuro es ahora
> la catástrofe todos los días: (26).

Que la edición física del libro incluya una reproducción del *Angelus Novus* de Klee se vuelve un guiño paratextual que nos obliga a pensar en la lectura que Benjamin hace del cuadro en sus tesis sobre la historia. Sin embargo, podríamos decir sin vergüenza que la lectura de la modernidad como acumulación de escombros se queda chica ante los desastres ambientales a nivel global que nos ha tocado presenciar. Ya no son solo escombros: son capas geológicas de sedimentos que se han ido acumulando por años e incluso quedarán allí cuando nosotros seamos carne de gusanos. Ese ángel no puede mirar al paraíso: no hay paraíso, hay ríos contaminados, suelos agrietados por la sequía. La catástrofe todos los días.

Otro elemento interesante, cuyo origen podemos rastrear en Gonzalo Millán, se vincula con el problema del lenguaje como virus: «El lenguaje sirve para desinformar también. Un arte literario que no es consciente de eso corre el riesgo de ser cómplice. Algo importante en la concepción del lenguaje como Virus es que el lenguaje tiene que ir mutando, o sea, la obligación que tiene para resistir es su mutación» (39). Vicente hace del poema un relave donde depurar las palabras del virus de la lengua neoliberal. Toma los significantes y los coloca en la mesa de disección o los lleva al laboratorio para someterlas a pruebas químicas. Leamos el quinto fragmento de «Prospección del tono»:

> PE
> PP
> PS

PET
PU
PVC
No son siglas
de revolución alguna
son respectivamente
según el orden enumerado
polietileno
polipropileno
poliestireno
tereftalato de polietileno
poliuretano
policloruro de vinilola ideología
que no es biodegradable
desechable absolutamente: (19).

Así como el aire que respiramos puede tener asbesto y contaminarnos los pulmones, hay en el lenguaje una serie de partículas tóxicas contra las que el poema busca resistirse. La escritura funciona entonces como el carbón activado que separa el material particulado en el agua. Es una rejilla donde quedan atrapados los residuos de la actividad minera. Para decirlo nuevamente con Millán: «El arte tiene como objetivo hacer redescubrir la realidad y no escaparnos de ella» (40). Para el caso de *Relave*, diríamos que la operación es redescubrir el paisaje para mostrar sus grietas.

Además de ser una poética de las materias contaminadas, lo es también de la precariedad: la voz de los textos parece entregada sin remilgos a la enumeración de los distintos modos en que su mundo vital es destruido por otros. Ese recurso, que prescinde en lo posible de adjetivos, tiene la cualidad de llevarnos hacia una especie de monotonía del desastre. Bolaño lo utiliza en «La parte de las mujeres» de *2666* como un modo de enfrentarnos a una cierta banalidad del mal, por ocupar un término algo manoseado en este último tiempo. En *Relave*, la enumeración de químicos y otras sustancias podría asimilarse al médico que nos avisa que nuestra exposición a pesticidas nos legó un cáncer maligno que nos matará en menos de un año.

Una última idea que me gustaría dejar acá se vincula con la relación entre memoria y lugar. En una conversación de Felipe Moncada con Jorge Polanco, registrada en el libro *Valparaíso y sus metáforas*, Moncada menciona lo siguiente, que me gustaría citar acá en extenso:

> Me acuerdo de Carlos Hernández, su primer libro, *La hermosa ruralidad de un sueño*. En la foto sale su papá, preparando carnada para pescar truchas. El Pato Serey cuenta que cuando niño iban a pescar con junquillo al río Aconcagua. Esos lugares, en el transcurso de sus vidas, los fueron destruyendo. Entonces como que es una destrucción de la memoria también. No solamente es una pelea ecológica

> por un hábitat, por un ecosistema determinado, es porque también están haciendo desaparecer los recuerdos que tú tenías en esos lugares (208).

El doceavo fragmento de «Bodegón a tajo abierto» es una larga plegaria a un río desaparecido. Los versos a ratos parecen emular el tono de una plegaria en el desierto: «Río cuando regreses / ten presente muy presente / que tienes el derecho de expropiarlo todo / también nuestras miserables vidas / opacas en el polvo de la chusca» (88). El texto no tiene dobles lecturas: el hablante le habla a la memoria de un paisaje cuya desaparición supone la extinción de un relato común. No se trata, en este caso, tanto de las manoseadas nostalgias identitarias con las que el Estado se permite ponerle parches al daño del extractivismo. Diríamos que suena como una invocación o un canto al porvenir: desaparecidos nosotros, los ríos quizás vuelvan a sus lechos. Algo similar ocurre en el poema «Escatología 0», que parte así: «Erupciones volcánicas / harán brotar / un bosque de cenizas en el aire / que cubrirá / lentamente nuestros párpados» (96). La voz parece entregarse con una tranquila resignación a una catástrofe que recupere el hábitat destruido.

Pero la relación es más compleja: del mismo modo en que funciona la memoria, es probable que no haya lluvia ni cataclismo que borre de la tierra nuestra huella antrópica. A propósito de esto, el historiador Dipesh Chakrabarty habla de la transformación de la humanidad en una «fuerza geológica». Eso caracteriza a lo que se ha denominado Antropoceno: el daño irreversible que el uso de combustibles fósiles y la economía asociada a dicha actividad ha provocado sobre el ambiente: «Los humanos como colectividad poseen ahora una agencia para determinar el clima del planeta en su totalidad, un privilegio reservado en el pasado solo a las fuerzas geofísicas de gran escala» (45).

Habría que pensar en cómo estos problemas epocales permean las escrituras poéticas. *Relave* no es el primer libro donde los escombros parecen reclamar un lugar en el poema. Los encontramos, hace casi cien años, en *El poema de las tierras pobres* del maulino Jorge González Bastías, más tarde en los pueblos fantasmas de Jorge Teillier o en el paisaje devastado que Luis Oyarzún denuncia en *Defensa de la tierra*. De alguna forma, la inquietud por la destrucción ambiental ha encontrado en la poesía chilena un espacio, sea para la reflexión ecocrítica o para la evocación del *locus amoenus*. *Relave*, entonces, se suma a una familia de obras por armar donde la experiencia del territorio en crisis es fundamental en la construcción de su poética.

Referencias

Chakrabarty, Dipesh. *Clima y capital. La vida bajo el antropoceno*. Mímesis ediciones, 2021.

Millán, Gonzalo. *La poesía no es personal*. Alquimia ediciones, 2012.

Polanco, Jorge. *Valparaíso y sus metáforas*. Ediciones Inubicalistas, 2021.